

Ciudad en crisis

Juan José Sebreli

La crisis de las grandes ciudades en la modernidad tardía constituye un fenómeno universal analizado por historiadores, sociólogos y urbanistas, como Philippe Ariès, Marshall Berman y Jane Jacob. Los síntomas detectados por esos autores se observan también en Buenos Aires, pero en nuestra ciudad adquieren, además, características derivadas de su propia evolución histórica, ya que su aparición no es reciente.

Los avatares de toda ciudad están vinculados a los de la sociedad civil y sus clases dominantes. Buenos Aires fue la creación de la burguesía ganadera, durante el auge de la economía agroexportadora, así como de las olas inmigratorias que afluyeron por la misma época. Esa gran ciudad –asombro de viajeros como André Malraux, para el cual era la «capital de un imperio que nunca existió»– había sido construida para el tiempo largo, para un futuro promisorio que no llegó porque se basaba en una ilusión: las condiciones favorables en el mercado mundial no iban a durar siempre.

La fecha de mediados del siglo XX como comienzo de la degradación de la ciudad no es arbitraria. El torbellino de la inestabilidad política y económica, el frenesí de la inflación, el descreimiento en el progreso, no alentaban a continuar la construcción de una ciudad eterna. Los sectores sociales que sucedieron a la oligarquía ilustrada se dedicaron al enriquecimiento rápido y especulativo y a inversiones de corto plazo, vivieron el instante, el tiempo breve, el eterno presente sin arraigo en el pasado ni proyección hacia el porvenir. Esa mentalidad se reflejó en el carácter provisional que fue adquiriendo la ciudad, con construcciones efímeras hechas para ser pronto sustituidas por otras de igual duración y cada vez de peor calidad, como un campamento que se hace y deshace todos los días. El modelo por copiar ya no fue el palacio de París sino el hotel de Las Vegas.

La infraestructura y los servicios públicos se fueron deteriorando sin que nadie se ocupara, desde los primeros apagones en la época peronista hasta el colapso de 1989. La red de subterráneos, que fue la primera en América Latina y una de las primeras siete en el mundo, quedó inconclusa, abandonada durante cuarenta años, con los consiguientes e insolubles problemas de tránsito.

La estética urbana también quedó detenida. Lo rescatable se construyó entre fines del siglo XIX y comienzos del XX: los parques y plazas, la Costanera, la urbanización del Centro, la apertura de avenidas, edificios públicos, instituciones culturales de fama mundial como el Teatro Colón. Fuentes y monumentos valiosos –Bourdelle, Lola Mora, Yrurtia– contrastan con lo feo que apareció después, bustos anodinos que celebraban a próceres de dudoso prestigio, casi siempre militares, cuyos descendientes tuvieron suficiente influencia con los sucesivos ediles.

El estilo arquitectónico de las casas privadas no tuvo mejor suerte. La ciudad de comienzos de siglo era una mezcla ecléctica de todos los estilos clásicos y modernos, pero en esa variedad consistía precisamente el encanto del viejo Buenos Aires. Por supuesto que abundaba el mal gusto, pero del mal gusto al buen gusto hay menos distancia que entre éste y el no gusto, la falta de todo estilo que se impuso hacia fines de los años 40 como consecuencia de una combinación de factores: inflación, ley de alquileres que interrumpió el *boom* de la construcción de las décadas anteriores, ley de propiedad horizontal que la reactivó pero con un criterio exclusivamente especulativo. Buenos Aires se convirtió en una ciudad anónima, masificada, de casas iguales, sin carácter ni identidad, sin que la mayoría de sus habitantes advirtiera esas pérdidas.

El sentimiento de identidad y continuidad personales depende en parte de la memoria y el recuerdo de los lugares en que se ha vivido: éstos deben proporcionar un sentido de pertenencia, lo contrario de lo que Marc Augé llama un no lugar; espacios impersonales de paso, no habitados por nadie. La identidad con la ciudad, el barrio, una casa, es una cualidad especial que permite reconocerlos y diferenciarlos de otros lugares, un clima peculiar creado por la combinación de insignificancias a veces azarosas.

Solía haber en Buenos Aires algún lugar acogedor, atrayente, estimulante y animado –equivalente moderno del ágora de la ciudad antigua o la plaza mayor de la ciudad renacentista–, adonde uno iba a distenderse, a encontrar a alguien conocido o a mirar a los desconocidos, a evadirse un momento de la monotonía del trabajo o de la vida doméstica. Cada día se hace más difícil encontrar esos lugares.

Hace años, la calle Florida era un club al aire libre, un lugar de encuentro; hoy sigue bullente con la gente que trabaja en el Centro, pero ya nadie pasea. Florida es un corredor por donde se anda apresuradamente. Cuando cae la noche queda desolada y aun se vuelve una zona marginal, con *cirujas* hurgando en las bolsas de basura. Otras calles adyacentes han seguido el mismo proceso de deterioro: Lavalle, «lumpenizada»; la bohemia de Via-